

El poeta que volvió mañana

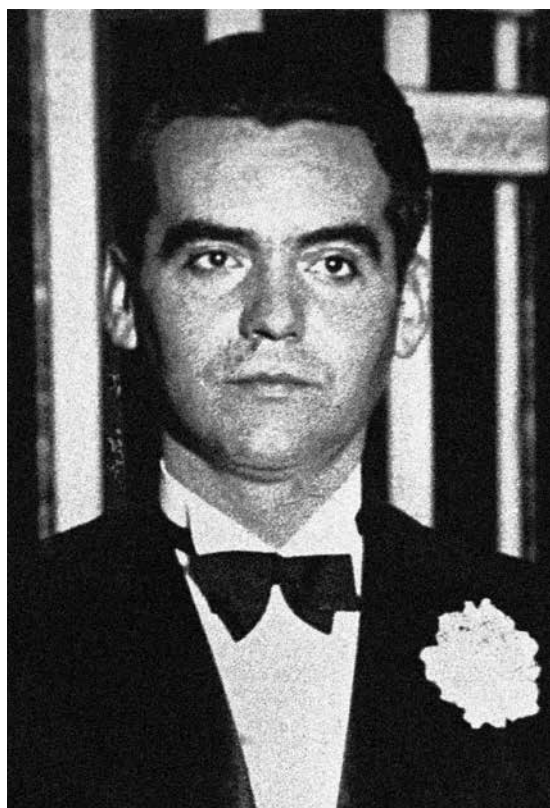
Rafael Toriz

AUNQUE AHORA YA NO VALGAN NADA, hubo un tiempo en que los poetas eran los encargados de calibrar el espíritu de la época. Eran ellos —no los reyes, ni los comerciantes y mucho menos los gladiadores— a quienes se acudía para conocer el rumbo del viento y los augurios del porvenir. Ellos nombraban los misterios y el corazón de lo visible.

A esa extirpe extinta perteneció Federico García Lorca, uno de los instantes más originales de la lengua quien, como Baudelaire, cantó desaforado —y antes que nadie— la vertiginosa relación entre el hombre triturado y el despotismo de la urbe (en alguna carta, escribió a un amigo diciendo que sus poemas eran “una interpretación personal, abstracción impersonal, sin lugar ni tiempo dentro de aquella ciudad mundo. Un símbolo patético: sufrimiento”).

Si Walter Benjamin fue quien nos heredó París como capital del siglo XIX, Lorca es quien apuntala Nueva York como el centro indiscutible del siglo pasado. Una Babilonia de hierro para el pecho del poeta enamorado.

En 1929, luego del éxito arrollador que había obtenido con su *Romancero gitano*, deplorado por Salvador Dalí y Luis Buñuel que lo consideraban rústico y costumbrista, Lorca partiría rumbo a Nueva York, un destino que no contaba entonces con el prestigio de París, donde todos los artistas europeos de valía estaban afincados y que funcionaba activamente como la capital literaria de la Generación Perdida. Unos cuantos años antes, Hemingway, Fitzgerald, Dos Passos, Faulkner y Steinbeck



Federico García Lorca

vivían la bohemia parisina —algunos incluso la guerra— y publicaban sus obras más significativas. Para Lorca, sería su primer viaje al extranjero.

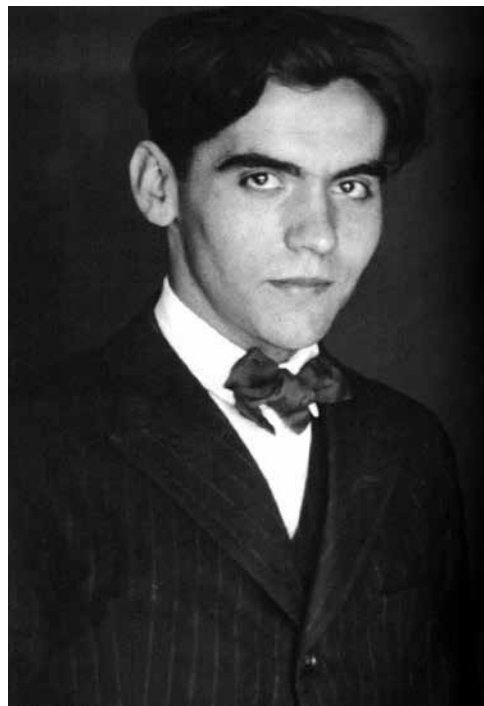
Recién llegado, se matriculó en la Universidad de Columbia en un curso de inglés para principiantes, pero al poco tiempo, como todo artesano con cojones, abandonó los estudios y se puso a trabajar en *Poeta en Nueva York*, obra que lo alejaría de sus hallazgos anteriores y, merced de un surrealismo macedonado, serviría, por una parte, como testimonio de un poeta rural ante una sociedad industrializada en momentos de la Gran Depresión. Por otra, sería una obra marcada por el ritmo y el florecimiento de Harlem, así como por las crudas condiciones de los negros en Estados Unidos. Luego de observar el *break down* del capitalismo con sus propios ojos, es más fácil penetrar los versos infames de la “Danza de la muerte”:

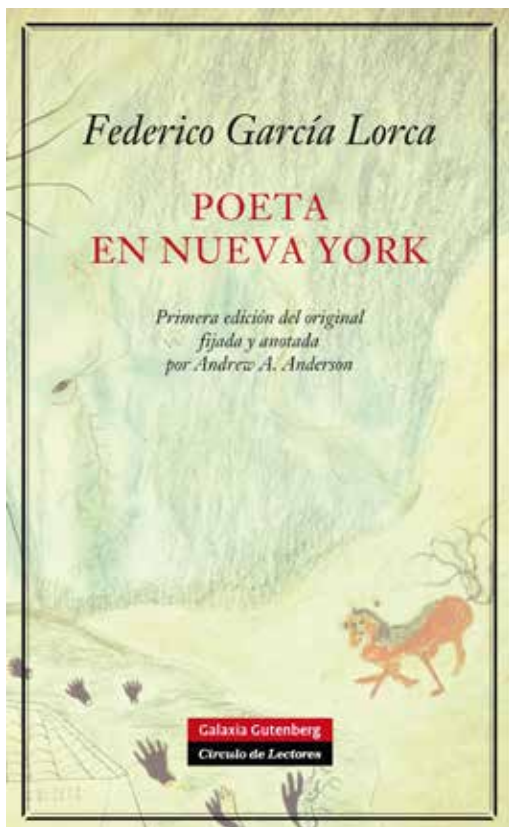
De la esfinge a la caja de caudales hay un hilo tenso
que atraviesa el corazón de todos los niños pobres (...)
Que ya la Bolsa será una pirámide de musgo,
que ya vendrán lianas después de los fusiles.

Para Lorca, *Poeta en Nueva York* era una reacción lírica y una sensación geométrica que devenía angustia, por ello, en una de las conferencias que dio al respecto del poemario, invocaba al *duende*, es decir, a la capacidad de captar las metáforas en el momento en el que emergen, sin necesidad de un aparato crítico o de grandes esfuerzos intelectuales (a no dudarlo, el duende es su mayor aporte a los estudios literarios).

Hasta el día de hoy, leer este libro es una experiencia trepidante, infarto que enfrenta al hombre de la manera más implacable con la ciudad, como le sucedió el 4 de julio de 1929, al visitar la playa de Coney Island y escribir el “Paisaje de la multitud que vomita (anochece en Coney Island)”: Yo, poeta sin brazos, perdido / entre la multitud que vomita, / sin caballo efusivo que corte los espesos musgos de mis sienas.¹

¹ Se sabe que el 4 de julio de 1929, fecha en que el poeta visitó la península, arribaron a la playa más de un millón de visitantes, lo que da una muestra a cabalidad del horror que debió experimentar Lorca ante tan afanosa muchedumbre.





Hastiado de la muchedumbre y enemistado con la vida maquina americana, luego de nueve meses en Manhattan partiría hacia La Habana, dejando plantada a una audiencia que lo esperaba para un conferencia, con quien tuvo la deferencia genial de mandarles como sustituto al plumazo de Dámaso Alonso. Sería en esa visita a Cuba donde volvería a sentirse radiante, en medio de un ambiente cálido donde la sexualidad es más distendida, y el entorno tropical acabaría por recordarle a Andalucía. Será justamente en este viaje donde escriba “El poeta llega a La Habana”, un conjunto de tres poemas que clausura el libro neoyorquino entre los que destaca “Son dos negros en Cuba”, del que Rubem Fonseca ha compartido una bella alusión en su libro misceláneo *La novela murió*.²

Lo que ha hecho la Biblioteca Pública de Nueva York, en el emblemático edificio Stephen A. Schwarzman de la Quinta Avenida con la calle 42 —luego de más de medio siglo de que el original permaneciera perdido— es montar una exposición con el manuscrito, que incluye dibujos hechos por el poeta, algunas fotografías y finísimas tintas que completan el tono preciso que el autor había dispuesto luego de varios años de ensayo y ensamblaje (recientemente el libro fue publicado en su versión definitiva por Galaxia Gutenberg, en una edición al cuidado de Andrew A. Anderson). Y es que un día de julio de 1936, Lorca visitó en Madrid a su amigo José Bergamín, editor de Cruz y Raya, para dejarle el manuscrito, y al no encontrarlo escribió una nota en la que se leía: “Querido Pepe: he venido a verte. Creo que volveré mañana”. Pero el poeta nunca volvió. A los pocos días sería brutalmente asesinado en las afueras de Granada. Y su cuerpo enterrado en una fosa común.

Ahora, cuando la palabra de los poetas ya no vale nada, alcanza a brillar una centella que, pese al fulgor, el abismo y la crueldad de las ciudades nos recuerda que algunos hombres siempre cumplen lo que prometen. ▲▲

² El texto lleva el título de “La rubia cabeza de Fonseca”. El interesado en la anécdota puede cotejar la siguiente dirección electrónica <http://franciscovazbrasil.blogspot.com.ar/2011/03/la-rubia-cabeza-de-fonseca-una-breve.html>